EL FANDANGO.

¡30 REALES AL AÑO!!!

LA PELUCA.

Nadie ocupa una posicion tan brillante en la sociedad como la peluca.

Desde la catástrofe acontecida al hijo de David, mil años antes de la venida de Jesucristo, es evidente que los calvos tienen una ventaja inmensa sobre los demas hombres. Un peluquero gabacho de la *Porte-Saint-Denis* de París nos lo recuerda con los siguientes versos, que nadie podrá decir que son traidos por los cabellos, pues vienen de perilla:

Passants, deplorez le malheur
D' Absalon pendu par la nuque
Il eut evité ce malheur
S' il eut porté perruque (1).

El calvo es un hombre verdaderamente libre é independiente; jamás es esclavo de su peluquero. Retóricamente hablando, y tomando la parte por el todo, el que gasta peluca es hombre

(1) Los versos son buenos como cosa de estrangia.

de dos cabezas. Manda la una al peluquero y conserva la otra á domicilio, con lo que no sufre menoscabo su independencia.

Entre dos que tienen una cita, el que gasta peluca llega siempre antes, porque el portador del mueble en cuestion jamas pierde tiempo en casa del peluquero.

La peluca es el zapato de la cabeza, y nuestros antepasados la bautizaron con la calificacion de *buen abrigo*. Los médicos que recetan pastillas pectorales á los serenos que se constipan, cometen una barbaridad; pues debian recetarles una peluca, no para tenerla en la boca como un terroncillo de azúcar piedra, pues opinamos con Hipócrates que difícilmente se desleiria una peluca en el paladar, pero sí para ponérsela sobre el cráneo con el objeto de resguardarle de los halagos de las brisas maléficas.

La peluca es el gran secreto de los contrabandistas. Los del resguardo tienen el derecho de decir á cualquiera: «caballero quítese usted el sombrero, la levita, el chaleco de franela ó la elástica...» pero no se ha visto jamas que ningun individuo del resguardo se haya arrogado el privilegio de decirle á uno: «caballero, arránquese usted el pelo, que quiero ver lo que lleva debajo... quiero ver si entra usted algunas piezas de percal ó algunos cajones de cigarros.»

Desde Judas Iscariote hasta Fernando VII, no se sabe que ninguno de los que han gastado peluca se haya suicidado, pues Caton que era calvo y peinaba pelo postizo, solo gastaba tupé.

¡Cuántas reflexiones históricas no pueden hacerse á la vista de una sola peluca! Con solo invocar uno por uno todos sus cabellos para pedirles á quién han pertenecido, sobre qué cabeza viviente han germinado, en qué época han vivido, si han sido víctimas de las tígeras de un peluquero ó del florete de un espadachin, ó si han caido acaso bajo la cuchilla de la ley, tendreis una ocupacion enciclopédica tan útil como divertida.

Desengañémonos, una peluca es el mejor libro del mundo para un calvo de imaginacion ardiente, de ideas exaltadas.

¿Quién sabe el tesoro que posee?

¡Tal vez cubren su mollera los cabellos de Alejandro el Grande, de Federico II, de Cristobal Colon, de la viuda de Padilla, de Ana Bolena ó de Sancho Panza! Tal vez por una de esas raras casualidades de la vida, lleva el calvo en su cabeza un mechon de sus propios cabellos, que diera en tiernos años á su querida novia!... Oh venturoso mechon, que despues de vagar por esos mundos á guisa de *Judio Errante*, vienes á morir en la misma cuna en que naciste!

EL AFRICANO EN ESPAÑA.

EPISTOLA ESDRUJULA A DOÑA HIPOLITA.

CON MOTIVO DE HABER RECIBIDO UN ANÓNIMO EL AUTOR.

Esta tarde, doña Hipólita,
he recibido un anónimo
fulminante, aunque con ínfulas
de consejo filantrópico,
y no os lo incluyo en la epístola,
á fuer, señora, de pródigo,
porque bastarán sus máximas
gara conocer al prógimo.
Díceme la docta péñola
de este consejero incógnito
que le soy mas antipático
que á un fatalista su horóscopo,
y que en viendo algun artículo

con mi firma en los periódicos
por no padecer de náusea
deja de leer hasta el rótulo;
que para su juicio crítico
fuera un verdadero tósigo
el mirar un solo párrafo
de mis muchos despropósitos,
y que pide al Dios benéfico
con el fervor mas católico
que del literario círculo
al cabo me alejé próvido
con un ataque apoplético
ó con un furioso cólico.
Ya veis aquí que el espíritu
de este ilustrado filósofo
reune la mas bella índole
á su númen hiperbólico,
y que á juzgar por los ímpetus
que le encienden como fósforo
no hallára ni con el *báratro*
rigor para mí á propósito.
Luego espresándose en términos
menos fieros y sardónicos
me esplica, señora, el índice
de un tratado mitológico,
y entonces ¡Oh bondad ínclita!
con estilo mas lacónico
recordando las metáforas
de mis cantares eróticos,
queriendo hacer en los míseros
un exámen anatómico,
describiéndome por ápice
hasta mi árbol genealógico,
y alabándose del mérito
de sus sonetos acrósticos,
hecho me deja un San Lázaro
en el crítico monólogo
con su pintura fatídica
y sus dictados retóricos.
Para este vate ilustrísimo
es mi pobre juicio estólido
y apesar ¡Oh doña Hipólita!
de su presuncion de lógico

yo para la sábia crítica
de su alegato salmódico
soy en índole aristócrata
en mis amores platónico,
en apostura ridículo,
como poeta estrambótico,
en mi carácter enfático,
en mis ambiciones sórdido,
en mis escritos insípido,
en mis maneras exótico,
con el poderoso elástico,
con el humilde nerónico,
para recibir solícito,
en los compromisos prófugo,
en religion un fanático
en sinceridad un cómico,
en mis hábitos un cínico,
para comer un gastrónomo,
como político un pérfido,
en mi condicion indómito,
como militar un títere,
en moralidad pirrónico,
como letrado un estúpido,
como elegante un acólito,
y en fin para poner término
á este resúmen sinóptico
tras de tan tiernos apóstrofes
me dice el poeta anónimo
que de otras nuevas filípicas
este tan solo es el prólogo.
Oh! por San Pedro de Alcántara
que el atrevimiento insólito
puede tornar en colérico
al hombre mas espasmódico!
Ya veis que con este fárrago
es un sistema muy cómodo
no comprometer la rúbrica
en consejos tan diabólicos,
y que si este *genio* inválido
no adquiere mejores tónicos
que los que le dá el estímulo
su mal, señora, es muy crónico.
No sé, por quien soy... el género

á que pertenece próspero
este que por lo científico
llegar puede á ser histórico;
pero sea astuto sátrapa,
ó metafísico lóbrego,
ó periodista satírico,
ó bien clásico metódico,
elegante ó diplomático,
ó liberal ó teólogo,
ó pedante y energúmeno,
que para el caso es sinónimo,
ó hacentista ó matemático,
ó pisaverde ú astrónomo,
ó poeta de genio tétrico,
ó declamador bucólico,
sea hombre de carácter díscolo
ó de númen filosófico,
vaya con gaban al *Príncipe*
ó á sus asuntos en *omnibus*,
sea militar ó repúblico,
humanista, ó arqueólogo,
á este en fin que tan simpático
amor me tiene recóndito.
¡Oh, señora doña Hipólita!
le juro por San Gerónimo
que si el rostro presentárame
en términos categóricos,
en vez de darle á sus vértigos
paliativos y narcóticos
yo á tan coléricos síntomas
aplicara buenos tópicos.

J. Guillen Buzaran.

CARTA NOTABLE.

Mr. Eugenio Sue ha dispensado la mas franca y cordial acogida en su magnífica casa de campo, á cuarenta leguas de París, á D. Sergio Ayguals de Izco, hermano del autor de María la hija de un jornalero. Esta distincion es tanto mas honrosa cuanto que aquel célebre literato está en el dia escribiendo el Martin y no recibe absolutamente á nadie. Manifestóse muy

agradecido á la dedicatoria de MARIA y elogió en términos altamente lisonjeros esta novela. Aconsejó al hermano del autor que no dilatase su publicacion en francés y se ofreció á escribir para ella una introduccion. El mismo, para que al editor no le quedase la menor duda de esta verdad, brindóse espontáneamente á escribir la notable carta siguiente, que traducimos literalmente del frances:

«Señor: con placer indecible os prometo escribir una introduccion para la novela de vuestro señor hermano don Wenceslao Ayguals de Izco, titulada MARIA, LA HIJA DE UN JORNALERO. Las escelentes miras y tendencias que descuellan en esta obra; su accion dramática y filosófica á la vez, la suma y estraordinaria curiosidad que los bellos cuadros populares de las costumbres españolas despiertan, todo en fin presagia que la obra de vuestro señor hermano obtendrá un éxito grande; y me consideraré muy feliz en poder, no diré contribuir á él; pero á lo menos en augurarlo de antemano por medio de la introduccion que os habeis dignado pedirme.

Tened la bondad de decir al editor que hayais elegido, que en cuanto se halle pronto á empezar la publicacion de la MARIA, se sirva manifestármelo, y desde luego me pondré á su disposicion para escribir el prefacio.

En tanto que llega este momento no dudeis jamás de la deferencia, etc.

EUGENIO SUE.»

(3 *de febrero de* 1846.)

El célebre escritor estuvo tan franco y amable con el señor Ayguals de Izco, que le hizo probar un esquisito vino de Madera y fumar nada menos que una docena de cigarritos selectos, de los cuales le dió un puñado para el viaje de regreso á París, y despues de mostrarse muy complacido de la visita, le acompañó hasta el cabriolé y le hizo mil amistosos ofrecimientos.

EL TELÉGRAFO.

DESAHOGOS DE UN RIVAL DESPRECIADO.

Maldito sea ese bárbaro
á quien quiere mas que á mí
la Curra que es un pimpollo
lo mismo que un serafin.
Permita Dios que le salga
un divieso en la nariz,

tres berrugas en la lengua,
y en la frente peregil.
Que le nazca en la trasera
una cola de mastin,
y le pase por encima
cada dia un tilburí.
Que se le vuelvan los dientes
clavijas de violin,
y agudo dolor de muelas
no le permita dormir.
Que la gota no le deje
y que tenga tos y esplin,
y cuando salga de casa
me le agarre un alguacil,
Y me le zampe en la cárcel
donde á guisa de malsin
le hagan estar desde enero
hasta mediados de abril.
Y no le lleven á casa
cuando le saquen de allí,
sino á donde de Vizcaya
le pongan el corbatin.
Y una legion de demonios
se lo lleven á freir
toda vez que con su Curra
nos da envidia á mas de mil.
¡Pero qué digo! Dejarle,
que como se case al fin,
él sufrirá los tormentos
del infierno sin morir;
Porque al tonto que se casa
con muger coqueta, diz
que en vicho de buen trapio
me le suele convertir.

La Sociedad literaria acaba de imprimir una obra de alta importancia. Tal es la Historia de la ciudad de Cartago, traducida del francés por don Vicente Diez Canseco. En breve se repartirá con profusion el prospecto de esta interesante crónica, que forma un elegante y lujoso tomo.

Su precio es 12 reales en Madrid y 14 rs. en las provincias, franco el porte.

COSTUMBRES FRANCESAS.

COSTUMBRES MARITIMAS DE LOS INGLESES.

SONETO.

Quieres saber quién es, bella Amarilis,
ese avestruz con flores en el fraque
que todo lo censura y se hace el jaque?
Oye y te esplicaré todo el busilis.
Ese hombre acelga, botijin de bilis,
sufre el belitre un lastimoso achaque,
pues como farfanton y badulaque
no concede talento ni á su Filis.
Al tacharle de fátuo, nada mermo,
ya que contra los sábios se amostaza,
y por agenos triunfos cae enfermo.
De su rencor por la grosera hilaza
se ve la envidia atroz del estafermo
que tiene por cabeza calabaza.

Está de venta en las oficinas de la Sociedad Literaria un elegante tomo de poesías selectas del aventajado jóven don Francisco Cea. Las producciones de este vate, pueden com-

petir en lozanía, robustez y galas de lenguage, con las del fecundo Zorrilla.

Su precio es 12 reales en Madrid y 14 rs. en las provincias, franco el porte.

COSTUMBRES IRLANDESAS.

EPÍGRAMAS.

De guardia estaba un teniente
y la comida anhelada
pidió al goloso asistente;
mas ¡ay que ni una tajada
dejó el gloton insolente!
—¡Caldo no mas! ¡ah, Jesualdo!
—Señor, este respondió,
la fiambrera se cayó,
y recojer pude el caldo,
pero las tajadas no.

——

«Triunfó la patría!» decia
Megía al darle un empleo
tras una revuelta impía.
¿Triunfó la patria? yo creo
que quien triunfó fué Megía.

A. Ribot y Fontseré.

COSTUMBRES PORTUGUESAS.

COSTUMBRES POLACAS.

CARTAS DE RECOMENDACION.

Las cartas de recomendacion se dán por regla general únicamente á dos clases de sugetos: á personas á quienes se conoce muy poco y á individuos á quienes no se conoce absolutamente.

Por lo regular es el amigo de los amigos de una persona con quien habreis hablado una sola vez por casualidad, quien llega á deciros: «Mi querido señor fulano, mañana parto para Madrid, sé que tiene usted allí buenas relaciones y espero que me hará el favor de darme alguna carta de recomendacion.»

Como no hay medio de rehusar semejante fineza sín incurrir en la nota de impolítico, toma uno papel y pluma y enjareta las siguientes líneas:

«Mi amigo tal: el dador de la presente es el señor cual mi íntimo amigo, que pasa á esa córte á diligencias propias que él mismo esplicará á usted. Es persona de ilustracion y me lisonjeo de que tendrá usted una satisfaccion en hacer su conocimiento personal, y ayudarle con sus consejos y buenas relaciones, etc.»

Sucede á menudo que la regla general que al principio de este artículo hemos formulado, recibe una escepcion; y es cuando se da la carta de recomendacion á uno á quien apenas se conoce para alguno con quien nunca se ha tenido amistad, trato ni relacion alguna. Esto es mas frecuente de lo que se cree. El que recibe la carta no puede descifrar la firma y se imagina que el nombre puesto al fin de la recomendacion á guisa de geroglífico es el nombre de algun amigo. En consecuencia ofrece al portador de la carta una silla, y á veces la mitad del almuerzo si se presenta el recomendado á la hora oportuna.

Es una calamidad para los habitantes de Madrid, estar relacionados con las provincias. Los que viven en ellas se figuran que con tener una persona conocida en la córte, nada les falta pa-

ra que sus pretensiones tengan un éxito seguro. No parece sino que el pobre habitante de Madrid, está siempre dispuesto á ser agente de negocios de todos sus amigos de las provincias y lazarillo de cuantos forasteros vienen á visitar la *Puerta del Sol*, las víctimas del dos de mayo, los caballos del *Tio Vivo*, las manolas del *Lavapiés*, y las fieras del *Retiro*. Estas preciosidades tienen el privilegio de atraer las miradas de todos los viajeros que vienen á Madrid para instruirse, divertirse y solicitar un estanquillo.

¿Y de qué sirven las cartas de recomendacion?—De nada, absolutamente de nada. Convénzanse de ello los recomendados y recomendadores, pues si bastase vivir en esta Babilonia para alcanzar lo que se quiere, otro gallo les cantará á mas de cuatro infelices que se alimentan de esperanzas halagüeñas.

Preséntase el recomendado á la persona á quien va dirigida la carta. La lee el que la recibe dándose aire de importancia y luego en tono de proteccion esclama:

—Tendré mucho gusto en complacer á usted, en cuanto pueda serle útil. Y cómo está nuestro comun amigo?

—Tan bueno—responde el recomendado.

—Con que usted viene á Madrid...

—Para arreglar cierto negocio...

—Bien, bien..... tendré una complacencia en que me entere usted detalladamente de sus pretensiones, y será mayor mi satisfaccion si puedo contribuir al logro de sus deseos. Suplico á usted pues, vuelva otro dia en que podamos hablar mas holgadamente. Por la mañana me encuentra usted en casa todos los dias...

—Pues entonces volveré mañana...

—Mañana... hombre, precisamente mañana es domingo y como no se abre el despacho... valiera mas otro dia...

—Pasado mañana?

—Corriente... Sin embargo, me acuerdo ahora que tengo cierta junta de accionistas... Nada, el dia que á usted le venga bien, porque, ya le digo á usted, ha de ser una casualidad que por las mañanas no se me encuentre en casa.

El recomendado se va muy complacido de la amable acogida que ha merecido á su protector, y en la confianza de obtener lo que desea, se anticipa á escribir á su pueblo que con la proteccion de don fulano ha logrado cuanto ha querido. Es necesario anticiparse lo posible á dar esta noticia para que rabien los émulos y envidiosos enemigos, cuando en casa del boticario lea la persona que dió la recomendacion el caso distinguido que se

ha hecho de su carta; pero el verdadero resultado es que los efectos de las recomendaciones se reducen á los primeros cumplimientos con que se halaga en la córte á los pobres pretendientes; porque luego ya nunca encuentran estos á su protector en casa.

Y no se culpe de poco serviciales á los habitantes de Madrid: ó es preciso adoptar el medio de huir de la plaga de recomendados, ó sacrificar el reposo y todos los momentos de la vida al servicio de los forasteros, tal es la afluencia de cartas de recomendacion con que la dulce y consoladora amistad hostiliza á los pacíficos habitantes de la coronada villa.

Despues de haber escrito á todos sus amigos el buen resultado de su viaje, despues de haber insultado á sus contrarios haciendo ostentacion de la brillante acogida que se le ha dispensado en la córte, suele regresar el forastero á sus hogares sin haber alcanzado mas que gastar paciencia y dinero infructuosamente, y una atroz cencerrada con que celebran el feliz regreso sus amados compatriotas, es indudablemente el sazonado fruto de una carta de recomendacion

COSTUMBRES ALEMANAS.

COSTUMBRES ITALIANAS.

EPIGRAMA.

Díjole Márcos á Juana
—sabes que estoy antojado
por comer un buen guisado
de caracoles mañana?
—Siempre estás tú de manías:
si eso y el beber cerveza
se .te sube *á la cabeza*,
á qué pides gollerías?

José Maria Palacios.

MADRID—SOCIEDAD LITERARIA—1846.
Imprenta de D. Wenceslao Ayguals de Izco, calle de S. Roque, n. 4.